



de Tlatilulco a Tlatelolco

Iván Israel Calvo de Nova
Actor

Un homenaje a todos aquellos que han vivido, luchado y muerto en Tlatelolco durante su larga, accidentada, trágica y hermosa historia. Una ofrenda a los muertos, en forma de escudo para usarlo en el combate contra el olvido.

Cuando todo era de noche, cuando aún no había día, cuando aún no había luz, se reunieron todos los dioses allá en Teotihuacán y dijeron: “¿Quién tomará sobre sí, quién se hará cargo de que haya día, de que haya luz? ¿Quién vivirá en la tierra?”

Y luego fue Quetzalcóatl al Mictlán, se acercó a Mictlantecuhtli y a Mictlanlíhuatl y les dijo: “Vengo en busca de los huesos preciosos que guardan, vengo a tomarlos. Los dioses se preocupan porque alguien viva en la Tierra”. Los tomó e hizo con ellos un hato, y tan pronto llegó la que se llamó Quilaztli, los molió y los puso en un barreño precioso. Quetzalcóatl sangró su miembro sobre él y gritó: “Han nacido ¡Oh, dioses!, los malehuals, los mercedos por la penitencia, porque por nosotros hicieron penitencia”.

Sólo un dios tenían, su nombre fue Quetzalcóatl; nada exigió sino serpientes, sino mariposas en sacrificio.

Y en tal forma creían en su sacerdote Quetzalcóatl y muy temerosos de él que todos lo obedecieron, todos creyeron a Quetzalcóatl.

Cuando abandonó Tula, se fue hacia el interior del mar, hacia la tierra de color rojo, allí fue a desaparecer él, Quetzalcóatl.

¡Motecuhzoma, Motecuhzoma, recuerda a los dioses, recuerda los presagios, Quetzalcóatl regresará, sólo mira la señal!

Una espiga de fuego que ama la noche y huye del sol.

La casa de Huitzilopochtli arde y no deja de arder.
El rayo sobre Xiuhtelutli, un rayo sin trueno, un rayo mortal.

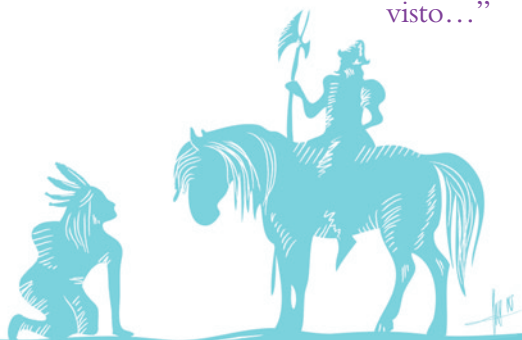
Un cometa que llega, su cola no quiere acabar.
El lago hierve y hierve, el agua que quema.
Cihuacóatl llora ¡Hijos míos, pues ya tenemos que irnos lejos, hijos míos ¿a dónde os llevaré?!

Se pesca una grulla, tiene espejos en la mollera y ahí se ve a los hombres blancos montados en grandes venados.

Los hombres deformes, monstruos que llegan y luego desaparecen.

¡Motecuhzoma, recuerda los presagios, los dioses se acercan, no huyas, ya llegan, no te vayas!
El pueblo azteca busca por dónde huir mientras que un hombre Cortés y blanco cual nube, barbado entra escribiendo:

Muy altos y muy poderosos, excelentísimos príncipes, muy católicos y muy grandes; reyes y señores: “Desde que llegamos a la gran plaza que se dice el Tlatilulco, quedamos admirados de la multitud de gente y mercaderías que en ella había, los príncipes que iban con nosotros nos lo iban mostrando; comenzamos con el oro y la plata, piedras ricas y plumas, mantos y cosas labradas... De esta manera estaban cuantos géneros de mercaderías hay en la Nueva España... Y entre nosotros había soldados que habían estado en muchas partes del mundo y dijeron: “Que plaza tan bien acompasada y con tanto concierto y tamaño y llena de gente, no la habían visto...”



“¡Por qué lo permitiste? ¿Por qué dejaste que esto pasara? ¿Por qué? ¡Contéstame! ¡Dime algo!” gritó la raza azteca al cielo, y Tlatelolco se estremeció.

• • •

El olor suave de tu abrazo, la bandera a media asta en una mañana de julio, el Zócalo cubierto de antorchas y banderas, el rumor de miles y miles de pasos de gente que avanza en silencio, las calles donde se ha ido la luz y sólo queda el destello breve de la libertad que no conocíamos hasta que vivimos esos días, la sensación de estarlo cambiando todo, el octavo piso de la torre, el ruido del mimeógrafo, las pláticas con los maestros, la asamblea de las cinco, las campanadas que siempre me regresaban a ti...

-¿Vas a ir al mítin?

-No sé... mi papá me encerró, dice que algo malo va a pasar.

-Ve, es a las cinco en Tlatelolco.

Llevo conmigo la batalla de 629 jóvenes que habían cesado de resucitar, mis muñecas se doblan muertas en la trinchera de sus gestos, llevo conmigo los cuerpos infantiles rotos contra las baldosas, que el que sabe del sudor del crimen no ha podido hundir en la prosperidad del asfalto; Tlatelolco pisotea la frente y degüella la cabeza que estremece con sus gritos.

Yo acuso a los oídos de gruta resonante convertidos en puente, hechos de un puño, sordos a la vida que lanzan los agonizantes, a las azoteas y panteones de enterrados vivos, yo acuso al 2 de octubre que quiso ser 2 de noviembre, a la fosa común y a los incineradores, y a la piedad sobre los ojos y al grito que dijo “El responsable soy yo”. Yo acuso a mi siglo donde se bebe, donde se hace el amor voraz en 10 minutos, donde se apilan a los vivos y se abren las esclusas que queman los párpados y se grita a los muertos y se mata, y se derrumba al hombre.

“No quisiéramos vernos en el caso de tomar medidas que no deseamos, pero que tomaremos si es necesario, hasta donde estemos obligados a llegar, llegaremos; hay que establecer la paz y la tranquilidad pública. La mano está tendida, los mexicanos sabrán si esa mano se queda en el aire...”

Díaz Ordaz

¡Venceremos! ¡Únete pueblo! ¡Hasta la victoria siempre! ¡Prensa vendida! ¡Libertad a presos políticos! ¡Granaderos asesinos!

¡Viva el Ché Ché Ché Guevara! ¡Libros sí, tanques no! ¡Prohibido prohibir! ¡No queremos olimpiadas, queremos revolución!

El 23 de julio la historia comenzó, el 26 de julio la historia prosiguió, 13 de septiembre el triunfo estaba cerca. El 2 de octubre, Tlatelolco, Plaza de las Tres culturas.

6:01, 6:02, 6:03, 6:04, 6:05, 6:06, 6:07, 6:08, 6:09, 6:10...

¡Seis diez! Dos helicópteros volaban desde horas antes trazando círculos sobre la plaza y en cierto momento, como si se tratara de una peligrosa maniobra ejecutada por aviones de circo, empezaron a descender hasta que los círculos quedaron por debajo de los edificios.

-¡Atención! ¡Cuidado, el ejército!

-¡Júntense!

De uno de los helicópteros cayó una bengala verde que siguió ardiendo en el suelo. Alrededor de la bengala, como si hubiera sido una piedra en el agua, se creó una ola que retrocedía a los extremos de la plaza. Cayó otra bengala, ésta era roja. Llegaron los camiones del ejército y como en el libro *Cien años de Soledad*, echaron los cuerpos en posición horizontal formando varias capas. Era un cuadro de la Segunda Guerra Mundial, una escena de los nazis.

• • •

Tlatelolco, Plaza de las Tres culturas, un minuto de silencio, un minuto de asesinos, un minuto de masacre, un minuto de terror, un minuto de cobardes, un minuto de traidores, un minuto de gorilas, un minuto de silencio. ¡Hay silencio, más no olvido!

“¡Por qué lo permitiste? ¡Por qué dejaste que esto pasara? ¿Por qué? ¡Contéstame! ¡Dime algo!”, gritó una vez más la raza azteca, y Tlatelolco se estremeció.

Arde, se calcina su corazón y su cuerpo está doliente, en los caminos yacen dardos rotos, los cabellos están esparcidos, gusanos pululan por las calles y plazas y las paredes están salpicados los sesos, las aguas están rojas y el paisaje mexicano aún huele a sangre.

¿Qué? ¿Más sangre?

7:10, 7:11, 7:12, 7:13, 7:14, 7:15, 7:16...

¡Contéstame, dime algo, ¿qué ocurre?!

¡No, otra vez no, más sangre no, por favor!

7:17, 7:18...

¡Salgan todos! ¡Va a temblar, va a temblar!

479 muertos, 750 muertos, 2 000 muertos, 3 500 muertos, 5 000 muertos, 10 000 muertos, 30 000 muertos. Era nuestra gente. De nuevo llovió sangre en Tlatelolco.

• • •

“¿Por qué lo permitiste? ¿Por qué dejaste que esto pasara? ¿Por qué? ¡Contéstame! ¡Dime algo!”, gritó de nuevo la raza azteca, y Tlatelolco se estremeció.

• • •

Lloren amigos míos y lectores, tened en cuenta que con estos hechos perdió la nación mexicana, el agua se ha acedado, se acedó la comida; esto es lo que ha hecho el dador de vida en Tlatelolco.

Fue cuando quedó vencido el Tlatelolco, el gran tigre, el gran águila, el gran guerrero.

¡No volverán del fondo de las rocas, no volverán del tiempo, no volverá su voz, no volverán sus miradas!

Mírenlos desde el fondo de la tierra. Traed a la copa de esta nueva generación sus viejos dolores enterrados, mostradnos vuestra sangre y vuestro surco, decidnos ¡Aquí fuimos castigados!

Yo escribo por sus bocas muertas, no podemos callar. Albergar tras muros vergonzosos nuestra cobarde y silenciosa pena, ¡he aquí mi protesta!

Porque si digo flor o digo fruto ya nadie sabe de lo que hablo, porque las palabras ya no quieren decir nada, porque la mentira tiene la palabra. No sé si se ha exiliado el corazón o por qué duelen tanto las letras de mi patria.

Mas he aquí que toco una llaga en mi memoria, duele, luego es verdad, sangre con sangre, y si la llamo mía, traiciono a todos.

Recuerdo, recordemos hasta que la justicia se siente entre nosotros.

Enciéndanse a un tiempo las luces de las almas y desde las sombras, junto a dioses inmortales, con estas palabras vivirán. •

